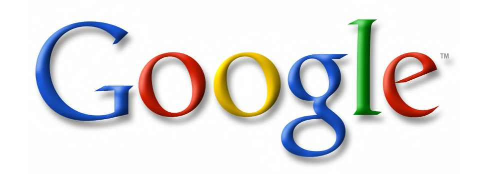
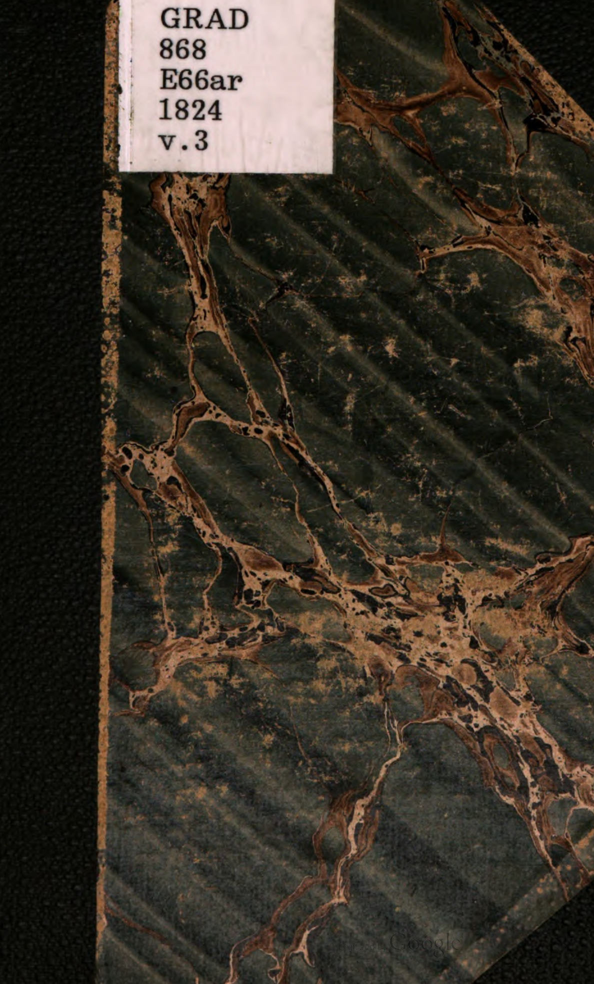
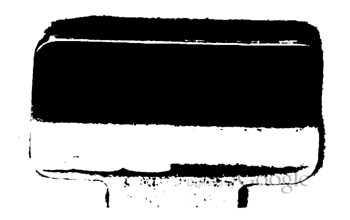



GRAD
868
E66ar
1824
v.3





# LA ARAUCANA.

Se vende en la Librería de CORMON y BLANC,
Lyon, calle Sala, nº 14.
Y en Paris, calle Montmartre, nº 167.

IMPRENTA DE RIGNOUX.

# LA ARAUCANA.

SU AUTOR

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,

Caballero del órden de Santiago, gentilhombre de la cámara de la Magestad del Emperador.

TOMO TERCERO.



PARIS,

LIBRERIA DE CORMON Y BLANC.

1824.

# LA ARAUCANA.

## CANTO XX.

Retíranse los Araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy ligero
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho comun y ley espresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes ya la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene,
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza,
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo, y llega al desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuan trabajada
Me tiene la memoria y con cuidado
La palabra que dí bien escusada
De acabar este libro comenzado;
Que la seca materia, disgustada,
Tan desierta, y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas, y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crueldades,
Que al mismo Marte ya pondrán astio
Agotando un caudal mayor que el mio?

Mas á mí me es forzoso ser paciente
Pues de mi voluntad quise obligarme,
Y así os pido, señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:

Que el atrevido bárbaro valiente,
Aun no me da lugar de disculparme,
Tal es la furia y priesa con que viene
Que apresurar la mano me conviene.

El cual como encerrada bestia fiera
Ora de aquella, y ora desta parte
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Habia de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazon alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y ligera,
Que el salto aunque mortal en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una Onza ligera, ó suelto Pardo.

Mas bien no se lanzó que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que aunque no le alcanzára el pensamiento
Antes que fuese abajo le alcanzaron:
Fué tanto el descargar que en un momento
En mas de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese,
Ni solo un paso y pie descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y mas que nunca embravecido
Quisiera revolver de nuevo al juego,
Y vengarse del daño recibido;
Mas era imarginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la deficil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro discurria,
Todo de acá y de allá lo rodeaba,
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirándose á un lado vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa:

Y como el levantado halcon lozano
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo:

Así el gallardo Tucapel dejado
El temerario intento infructuoso,
Revuelve á la otra banda encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado
De mucha gente y sangre perdidoso
Se retiró, siguiendo las banderas
Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente,
Y dándoles terrible escurribanda
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí atropeado, quién tullido,
Quién se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién haciéndole plaza dél se aleja,
Y en el largo escuadron de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
De parte á parte el escuadron cristiano
Arriba á los amigos, que siguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y órden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta, ni desmanda.

Nosotros aunque pocos cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando,
De nuestro Fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadron formando,
Y á paso moderado los seguimos
De la victoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto
Que el sol en lo mas alto levantado
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros entretanto
Que remataba el curso acostumbrado
Dando lugar á las nocturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras:

El ciego foso al rededor limpiamos
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:

Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba,
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al Fuerte.

Donde con el trabajo de aquel dia,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me aflijia
Hallándome molido y quebrantado:
Mas con nuevo ejercicio resistia
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento, tal estaba
Que de mis proprios pies no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado;
Que bizcocho negrísimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servia
Por la falta de sal, la agua salada,
La regalada cama en que dormia
Era la húmeda tierra empantanada,
Armado siempre, y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,
Ví que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando,
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y bateria.

No mucho despues de esto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oido
Sentí de rato en rato que sonaba
Hacia los cuerpos muertos un ruido,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia,
Y así por ver el fin de esta aventura
(Aunque mas por cumplir lo que debia)

Me vine agazapado en la verdura
Hacia la parte que el rumor se oia,
Donde ví entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro pies un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pie derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: Señor, señor, merced te pido,
Que soy muger, y nunca te he ofendido.

Si mi dolor y desventura estraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren:
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una muger tu espada
Viuda, mísera, triste y desdichada?

Ruégote pues señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fé pura
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dejes dar á un muerto sepultura
Que yace entre esta muerta compañia:
Mira que aquel que niega lo que es justo,
Lo malo aprueba ya, y se hace injusto.

No quieras impedir obra tan pia
Que aun en bárbara guerra se concede,
Que es especie y señal de tirania
Usar de todo aquello qué se puede:
Deja buscar su cuerpo á esta alma mia,
Despues furioso con rigor procede,
Que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
Que mas la vida que la muerte temo.

Que no sé mal que ya dañarme pueda,
No hay bien mayor que no le haber tenido,
Acábese y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo cruel no me conceda
Morir mi cuerpo con el suyo unido,
No estorbará por mas que me persiga,
Que mi áflijido espíritu le siga.

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematáse;
Mas yo que en duda y confusion estaba
Aun teniendo temor que me engañáse
Del verdadero indicio no fiaba
Hasta que un poco mas me asegurási,
Sospechando que fuese alguna espia
Que á saber como estábamos venia.

Bien que estuve dudoso; pero luego
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Ví que verdad en todo me decia,

Y que el pérfido amor ingrato y ciego
En busca del marido la traia,
El qual en la primera arremetida
Queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido me volví con ella
A mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogué que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contáse,
Y desfogando la ansia descansáse.

Ella dijo: Ay de mí! que es imposible
Tener jamas descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible,
Y mas que todo sufrimiento fuerte;
Mas aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte,
Quizá que mi dolor segun es grave
Podrá ser que esforzándole me acabe.

Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del Cacique Brancol desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada,
Libre un tiempo de amor y de cuidado,
Pero muy presto la fortuna airada
De ver mi libertad y alegre estado
Turbó de tal manera mi alegria,
Que al fin muero del mal que no temia.

De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento
Que yo aceptáse alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me escusaba,
Que era pensar mudarme desvario,
Y martillar sin fruto en hierro frio.

No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron,
Antes con nuevas pruebas y recuestas
En su vana demanda mas instaron,
Y con danzas, con juegos, y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastándo maña ni artificio
A sacar mi propósito de quicio.

Muy presto pues llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorio,
O si lo fuera de la vida mia!
Pero no pudo ser que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia
Donde el claro Gualebo manso rio
Despues que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itata entrega:

Allí para castigo de mi engaño
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
Y como habia de ser para mi daño
Fácilmente conmigo lo acabaron:

Luego por órden y artificio estraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino,
Y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento:
El agua clara entorno murmuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruido
Que alegraban la vista y el oido.

Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal, que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

Aunque habia muchos jóvenes lucidos
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores,
No estaba en cuales eran los vencidos,
Ni cuales habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

Yo que en cosa de aquellas no paraba
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

Cuando un gran alboroto y vocería.
(Cosa muy cierta en semejante juego)
Se levantó entre aquella compañia,
Que me sacó de seso y de sosiego:
Yo queriendo entender lo que seria
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada.

El cual dijo: Señora, ¿no has mirado
Cómo el robusto jóven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Dos ha puesto de espaldas en el llano?
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente:

Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado:

Y el fácil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado,
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

Y tambien Mareguano que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro acaso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del espreso cartel se lo deniega,
Aunque el jóven con ánimo valiente
Da voces, que es contento y lo consiente.

Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento;
Mas que de su propósito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de tí franca licencia.

En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesia
Dijo: Señora, una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido:

Que si soy estrangero, y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural te ofrezco
De vivir y morir en tu servicio :
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio
Quiero si dello fueres tú servida
Luchar con Mareguano otra caida,

Y otra, y otra, y aun mas si él quiere quiero,
Hasta dejarle en todo satisfecho,
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho :
Que siendo en tu presencia cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho :
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite absoluto.

Esto dicho con baja reverencia
La respuesta mirándome esperaba,
Mas yo que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba,
Y así le respondí : Si yo algo puedo
Libre y graciosamente lo concedo.

Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente
En la cerrada plaza los metieron :

Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron,
Y dejándoles sólos en el puesto
El uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo entorno y volteando,
Ora yendo al traves, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos pecho á pecho;
Tan estrechos gimiendo se tenian,
Que recibir aliento aun no podian.

Volvian á forcejar con un ruido,
Que era de ver y oirlos cosa estraña;
Pero el mozo estrangero ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzo de tierra al otro, y de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña
Con tal golpe, que al triste Mareguano
No le quedó sentido y hueso sano.

Luego de mucha gente acompañado
A mi asiento los jueces le trujeron,
El cual ante mis pies arrodillado
Que yo le diese el precio me dijeron:
No sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí mas reportada,
Al vencedor en todo dignamente
Que estaba allí inclinado ya en mi falda
Le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos;
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oidos:
Al fin se fué llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos:
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brio,
A la cual sometida se entregaba
La razon, libertad, y el albedrio:
Yo que cuando acordé ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos tímidos cebados
Que la vergüenza allí tenia abajados.

Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa
Cebando mas la llaga y el veneno:

Que solo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno;
Asíque adonde quiera que pasaba
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

Víle que á la sazon se apercibia
Para correr el Palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenia
El término del curso señalado:
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

Mas de cuarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya el pie cada cual puesto
Prontos y apercibidos atendieron:
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.

Pero Crepino el jóven estrangero,
Que así de nombre proprio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atras dejaba:
El rojo Palio al fin tocó el primero,
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero despues á mi lugar tornando
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le dí mi libertad y anillo junto.

El me dijo: Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la aficion con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.

Yo por usar de toda cortesia,
Que es lo que á las mugeres perficiona,
Le dije: Que el anillo recibia
Y mas la voluntad de la persona:
En esto toda aquella compañia
Hecha entorno de mí espesa corona
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia
Por dar satisfaccion de mí á la gente
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente:

Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le dí á entender por señas y rodeo
Querer cumplir su ruego y mi deseo.

Diciendo : Que pues él me persuadia
Que tomáse parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido,
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte, y linage conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.

Mi padre que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin eschuchó el parecer mio,
Besándome en la frente dijo : En esto
Y en todo me remito á tu albedrio :
Pues de tu discrecion y intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio,
Y bien muestra Crepino en su crianza.
Ser de buenos respetos y esperanza.

Ya que con voluntad y mandamiento
A mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo :
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo :
Hoy hace justo un mes ¡ ó suerte dura,
Que cerca está del bien la desventura!

Ayer me ví contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo,
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por èl suelo:
¿ Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿ Qué recompensa puede darme el cielo
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

Este es pues el proceso, esta es la historia,
Y el fin tan cierto de la dulce vida,
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida:
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras,
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Háznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañia:

Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia,
Solo pedia la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereyra, que á otro lado
Hacia tambien la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado:
Y espantado tambien de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el sur y sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuanto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegualda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañia
De mugeres casadas quedó, en tanto
Que el esperado ya vecino dia
Quitáse de la noche el negro manto:
Entretanto tambien razon seria,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

# CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan à Penco los Españoles y caballos que veniau de Santiago y de la Imperial por tierra: hace Caupolican muestra general de su gente.

Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonorosa,
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua, y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas,
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mugeres virtuosas:
Pues mirándolo bien solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia, y las condena
A duro freno y vergonzosa pena.

Cuantas y cuantas vemos que han subido
A la difícil cumbre de la fama,
Judith, Camila, la Fenisa Dido,
A quien Virgilio injustamente infama:
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama:
Hippo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes, y Cornelia.

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda, pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuanto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada
Entre las mas famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues como dije recogida
En parte honesta y compañia segura,
Del poco beneficio agradecida
Segun lo que esperaba en su ventura:
Pero la Aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado;

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento:

Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido, y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando
Los brazos estendidos me pedia
Firme seguridad, y así llamando
Los Indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando;
Al fin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada,
Y junta con la suya en abundante
Flujo de vivas lágrimas bañada,
La boca le besaba y la herida
por ver si le podia infundir la vida.

Ay cuitada de mí! decia, qué ago
Entre tanto dolor y desventura?
Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
Qué es esto, la injusticia adonde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?

Así furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al aflijido rostro, ni al cabello:
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvario,
Los prestos Yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adondé le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasia,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañia;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos
El foso y roto muro reparando:

De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y órden aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos
Con mil caballos y dos mil flecheros:
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales, y las ciénagas y esteros
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando como digo, una mañana
Llegó un Indio á gran priesa á nuestro Fuerte
Diciendo : O temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte,
Que la potencia indómita Araucana
Viene sobre vosotros de tal suerte,
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.

El mismo aviso trujo al medio dia
Un amigo Cacique de la sierra,
Afirmando por cierto quc venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones,
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el menos animoso osadamente
El lugar de mas riesgo procuraba:
Y con presteza y órden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando con muestra apercibida.
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por Indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados
Al postrer cuarto de la noche muda:
Asíque cuando mas desconfiados
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen órden nuestra gente.

Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte,
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte,
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos.

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos:
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos:

Tiendas labradas, toldos, pavellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida de esta gente
Que el ejército bárbaro vecino
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudáse de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sabiamente
Al consejo de muchos convino,
Discurriendo por términos y modos
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque como ya digo antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia;
Pero al fin por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia,
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener mas cierta inteligencia
Del Español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ocio y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada y guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente
Ganosa de honra, y de valor movida,
Murmurando el reposo impertinente
Pide que se acelére la partida,
Y el dia de todos tanto deseado,
Que fué de aquel en cinco señadalo.

Venido el aplazado alegre dia,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la imperial gran compañia
De caballeros y de gente armada,
Que en aquella ocasion partido habia
For tierra aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya pues en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual órden repartidos
Los lugares, cuarteles, y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican tambien por otra parte
Con no menor cuidado y providencia
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficencia:

Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y experiencia,
Y todo puesto á punto quiso un dia
Ver la gente, y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra
El Cacique Pillolco el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen órden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detras de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros
Gran número de tiros esparciendo:
Venia Rengo tras él con sus maceros
En posa igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano
Con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de arnes traia
La piel de un fiero tigre, que matára:
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara,
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban
De pieles de animales rodeados:
Luego los Talcomávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,
Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequeten, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio,
Que todos no los traiga al Biobió.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo,
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el órden tras estos Lemolemo
Arrastrando una pica poderosa
Delante de su escuadra por extremo
Lucida entre las otras y vistosa:

Un poco atras del cual iba Gualemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando
Bañándose en la mar algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada,
Y el marido á las voces aguijando
De la cara muger del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella
Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado
A la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino monstruo sobreaguado
( Que tambien el amor ya le cegaba)
Dió recio en seco al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo
Contra el mozo animoso se volvia:
El cual sazon y punto no perdiendo
A las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla,
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente
De fuerza y ligereza acompañada
Al monstruo devoraz hiere en la frente
Con una porra de metal herrada :
Al cabo el Indio valerosamente
Dió felice remate à la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que mas de treinta pies tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
Digno de le poner en escritura
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura :
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó, y à Quilacura,
Que es un valle estendido y muy poblado
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra, y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como uno tierno junco le blandea,
Cubierto de altas plumas muy lozano
Siguiéndole su gente de pelea
Por los pechos al sesgo atravesàdas,
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los Puelches gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enhastadas
De una gran braza largas y rollizas;

Y los Trulos tambien que usan espadas,
De fé mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos,
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza
Una cota finísima vestida
Vibrando la fornida y gruesa lanza:
Y Orompello de edad aun no cumplida
Pero de grande muestra y eperanza,
Otra escuadra de pláticos regia
Llevando al diestro Ongolmo en compañia.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardia:
Seguian los Llaucos de almagrados gestos
Robusta y esforzada compañia,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del ínclito Aynavillo.

Seguia despues Cayocupil mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo:
Tras él venia Puren tambien guiando
Con no menor donaire y contoneo
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él casi gigante
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante
De penachos cubierta la celada:
Con desdeñoso término delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada
El mozo Peycavi luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido,
Todo de negro el blanco arnes cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista
(Primero en todo) Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista,
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detras del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolican con la otra parte
Y resto del ejército Araucano,
Mas encendido que el airado Marte
Iba con un baston corto en la mano:

Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo, y Mareguano,
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho, y Guampicolo.

Seguian luego detras sus Plimayquenes,
Tuncos, Renoguelones, y Pencones,
Los Itatas, Mauleses, y Cauquenes
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, Puelches, y Cautenes
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos comarcanos y estrangeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla entorno la tierra y se estremece
De tantos pies batida y golpeada:
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvoreda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube,
Cual ciega niebla espesa, ó parda nube.

Pues nuestro campo en órden semejante
Segun que dije arriba, don Garcia
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañia
Con un alegre término y semblante,
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones
Los empezó á decir estas razones:

Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el Austral Polo
Pasando la solar tórrida zona,
Y los distantes Trópicos, que Apolo
Por mas que cerca el cielo y le corona
Jamas en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano autor se lo concede.

Ya que con tanto afan habeis seguido,
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al Español dominio sometido
Innumerables gentes estrangeras:
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras,
Que vencido esto poco vereis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco, ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
Que la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
A todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas
Aunque os haya ofendido el enemigo
Jamas vos le ofendais á espaldas vueltas;

Antes le defended como al amigo,
Si volviéndose á vos las armas sueltas
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es mas dar la vida, que quitalla.

Poned á todo en la razon la mira
Por qué las armas siempre habeis tomado,
Que pasando los términos la ira
Pierde fuerza el derecho ya violado:
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor desmasiado,
El rigor excesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

No sé, ni tengo mas acerca desto
Que decir, ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia de esos vuestros corazones:
Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
La palizadas, tiendas, pavellones,
Y vámonos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna.

Súbito las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobio:
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho rio,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado,

Mas segun el trabajo se me ofrece,
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente:
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente:
Mas yo me esforzaré si puedo tanto,
Que os venga á contentar el otro canto.

---

# CANTO XXII.

Entran los Españoles en el Estado de Arauco : traban los Araucanos con ellos una reñida batalla : hace Rengo de su persona gran prueba : cortan las manos por justicia á Gualvarino, Indio valeroso.

Pérfido amor tirano ¿ que provecho
Piensas sacar de mi desasosiego ?
No estás de mi promesa satisfecho,
Qué quieres afligirme desde luego ?
Ay ! que ya siento en mi cuidoso pecho
Labrarme poco á poco un vivo fuego,
Y desde allí con movimiento blando
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga
El duro estilo del sangriento Marte,
Que así de tal manera me fatiga
Tu importuna memoria en cada parte ?
Déjame ya, no quieras que se diga,
Que porque nadie quiere celebrarte,
Al último rincon vas á buscarme,
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

No ves que es mengua tuya y gran bajeza
Habiendo tantos célebres varones
Venir à mendigar á mi pobreza
Tan falta de concertos y razones,
Y en medio de las armas y aspereza,
Sumido en mil forzosas ocasiones
Me cargas por un sueño quiza vano
Con tanta pesadumbre ya la mano ?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
Del enemigo bárbaro vecino
No da lugar á que otra cosa atienda,
Que me tiene tomado ya el camino :
Donde siento fraguada una contienda,
Que el mas fértil ingenio y peregrino
En tal revolucion embarazado
No le diera lugar desocupado.

¿ Que puedo pues hacer, si ya metido
Dentro del campo y ocasion me veo,
Sinó al cabo cumplir lo prometido
Aunque tire á otra parte mi deseo ?
Pero á término breve reducido,
Por la mas corta senda sin rodeo
Pienso seguir el comenzado oficio
Desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera,
Que gran espacio en breve se alejaba
Del Talcalguano término y ribera :

Mas cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pie de una ladera
En cómodo lugar y llano asiento
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados,
Arma, arma, enfrena, enfrena, aína, aína,
Luego de acá y de allá los derramados
Siguiendo la ordenanza y disciplina.
Corren á sus banderas y pendones
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
A remate del cual está una sierra
Cerca del alto monte Andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: Espera, espera, tente, tente,
Verémos quien hoy es aquí el valiente.

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron,
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron:
Pero los fieros bárbaros de hecho
Sin punto reparar los embistieron,
Haciéndoles tomar luego la vuelta
Sin órden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en partes recogidos
Haciendo cuerpo y rostro revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian:
Pero con mayor furia compelidos
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurósos Indios desenvueltos
Siempre con mayor furia y crecimiento
En una espesa polvoreda envueltos
Iban en el alcance y seguimiento;
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos
A la sazon con mas temor, que tiento
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban
Con voces, cuerpos, brazos y talones,
Los bárbaros por pies los alcanzaban
Haciéndolos bajar de los arzones:
Al fin necesitados peleaban,
Cual los heridos osos y leones
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo

Y en ancho y presuroso remolino
Todo lo coge, lleva, y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento.

Con tal facilidad arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia
Iban los Españoles fatigados
Sin poderse poner en resistencia:
Algunos del honor avergonzados
Vuelven haciendo rostro y apariencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos sin clemencia alguna:
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que arrebatada del ligero viento
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente,
Con gran presteza y no menor ruido
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido:
Y en furioso tropel gallardamente
Alzando un ferocísimo alarido
Embistió la enemiga gente airada
En la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte
Hecho un hermoso choque repararon:
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropeados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,
Las memorables cosas señaladas,
Y los crudos efectos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas;
Que aunque ingenio mayor no bastaria
A poderlas llevar continuadas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y el cuento entre la tierra y pie afirmando
Recibe en el cruel hierro fornido
El cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble estofado
Y una cota de malla muy tejida:

El ancho y duro hierro ensangrentado
Abrió por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo ya descolorido
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo al tiempo que convino
Le dió lado, y la maza revolviendo
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atras venia,
De otro golpe tambien le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentia
La adarga embraza, y de la espada afierra,
Y contra la enemiga compañia
Se puso el solo á mantener la guerra,
Haciendo rostro y pie con tal denuedo,
Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba:
Pero en esta sazon mas de cincuenta
Caballos que Reinoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habian llegado
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
De gruesas hasta un tegido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando mas de diez el suelo duro:
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente mal seguro
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortes y Aranda
Sin mirar el peligro y riesgo estraño
Sustentan todo el peso de su banda:
Tambien hacen efecto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la Araucana gente
En la Española sangre ya cebada
Los hizo revolver forzosamente,
Y seguir la carrera comenzada;
Tras estos otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas sin ganar un paso de camino
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y mas priesa
La primera derrota proseguian:

Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fué nuestro campo descubierto
En órden de batalla y buen concierto.

Iban los Araucanos tan cebados,
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí mas reportados,
El suelto paso y furia detuvieron:
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al traves se retrugeron.
Al pie de un cerro á la derecha mano
Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerpo arremetimos
Un gran tropel á pie de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada:
Y al cieno retirados nos metimos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando allí las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pie quedo.

Jamas los Alemanes combatieron
Así de firme á firme y frente á frente,
Ni mano á mano dando recibieron
Golpes sin descansar á manteniente:
Como el un bando y otro que vinieron
A estar así en el cieno estrechamente,
Que echar atras un paso no podian,
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién el húmedo cieno á la cintura
Con dos y tres á veces peleaba,
Quién por mostrar mayor desenvoltura
Queriéndose mover, mas atascaba,
Quién probando las fuerzas y ventura
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse,
Ya ganaban aquestos la laguna,
Y la sangre de todos derramada
Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo que el odio y incendida ira
La habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvia,
Y en voz amenazándole decia:

Venid, venid, á mí gente plebeya,
En mí sea vuestra saña convertida,
Que soy quien os persigue, y quien desea
Mas vuestra muerte que su propria vida:

No quiero ya descanso hasta que vea
La nacion Española destruida,
Y en esa vuestra carne, y sangre odiosa
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.

Así la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y la sangrienta maza floreando
La gente de poco ánimo amedrenta:
No fué bien conocido en la voz, cuando
Haciendo de sus fieros poca cuenta
Algunos Españoles mas cercanos
Aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan Yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,
Y contra el jóven Zuñiga endereza
El tercero con saña y furia tanta,
Que como clavo en húmedo terreno
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados
Turbando el aire claro á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados
El lodo á la cintura osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso javalí herido
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere, y mata,
Y los espesos tiros desbarata.

El bárbaro esforzado de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros, que de una y otra mano
Cubriendo el sol sin número salian,
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparcido ejército obediente,
Que el porfiado alcance habia seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente
Se habia tirado atras y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido
A causa que la ciénaga era honda,
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en órden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba:

Por un inculto paso y encubierto
Que la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados, y el salvarse.

Diciéndoles : amigos, no gastemos
La fuerza en tiempo y acto infructuoso,
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio mas costoso :
Conviene que de aquí nos retiremos
Antes que en este sitio cenagoso
Del enemigo puestos en aprieto
Perdamos la opinion, y él el respeto.

Luego la voz de Rengo obedecida
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y mas tejida
Al son del atambor se retrujeron :
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos de ellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo,
Rengo bruto, sangriento y enlodado
Los lleva en retaguardia recogiendo :
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente.

Nuestro campo por órden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo:
El cual acaso á mi cuartel traido
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco tambien saltó apartada
Sin torcer ceja, ni arrugar la frente,
Y con desden y monosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra,
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra:
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas,
Que saben gobernar bien sus espadas.

Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:

Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero,
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.

Asíque contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo:
Y como encarnizada bestia fiera,
Que vé la desmandada presa al ojo;
Así con una furia arrebatada
Le sale de traves á la parada.

Y en él los pies y brazos añudados
Sobre el humedo suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando (aunque fué presto) mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pie puesto dijo: Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los Cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

Quedaos, quedaos malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis como os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa:
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

---

# CANTO XXIII.

**Llega Galvarino adonde estaba el senado Araucano : hace en el Consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos : salen los Españoles en busca del enemigo : píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.**

JAMAS debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que despues nos abrasemos :
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Estan aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado :
Asíque quién jamas tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es órden, y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso:
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre,
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual aunque herido y desangrado
Tanto el corage y rabia le inducia,
Que llegó á Andalican donde alojado
Caupolican su ejército tenia:
Era el tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres.
Dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente,
Cuál por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente:
Cuál un concierto lícito aprobaba,
Cuál era deste voto diferente,
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galvarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia
Le fué graciosamente concedida:

Donde con la debida reverencia
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre, y muy cubierto della
Comenzó desta suerte su querella:

Si solíades vengar, sacros varones,
Las agenas injurias tan de veras,
Y en las estrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿Cómo agora en las proprias posesiones
Unas bastardas gentes estrangeras
Os vienen á oprimir y conquistaros;
Y tan tibios estais en el vengaros?

Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta
Me envian lleno de injurias al Senado,
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar Cacique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.

Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el Araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos,
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.

¿ Qué Provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oida?
Ni nacíon que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida?
Arribando á la cumbre porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caida,
Y al término llegáse el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio.

Pues unos estrangeros enemigos
Con título y con nombre de clemencia
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia:
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad, ni estado.

Volved, volved en vos, no deis oido
A sus embustes, tratos y marañas,
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas,
Que la ocasion qne aquí los ha traido
Por mares y por tierras tan estrañas,
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, és apariencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el estender la religion Cristiana,
Siendo el puro interes su fundamento:

Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demas el fingimiento;
Pues los vemos que son mas que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte
Remedio breve, fácil, y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazon duro,
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.

No pudo decir mas de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida
En siéndole la sangre restañada:
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones,
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los mas entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron:
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron:
Quedando para siempre allí excluido
Quien tratáse de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban:
Pero los mas maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban,
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato pues tratando
De dar no una batalla, sino ciento,
Del órden, la manera, donde y cuando
Con varios paraceres y un intento:
Que me voy poco à poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercibidos.

Mas cuando el esperado sol salia,
La gente de caballo en órden puesta
Marchó quedando atras la infanteria,
Y del campo despues toda la resta.

Con tal velocidad, que á mediodia,
Subimos la temida y agria cuesta
De blancos huesos de Cristianos llena,
Que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al Araucano valle pues bajamos,
Que el mar le bate al lado del poniente,
Donde en llano lugar nos alojámos
De comidas y pastos suficiente:
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
A requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley Cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen
Y pasasen despues algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espias,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquerias
A salir tardo de la escasa luna
A tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercibido sordamente
En medio del silencio y noche oscura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura:
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura,
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues à dar al Chayllacano,
Que es donde nuestro campo se alojaba,
Ví en una loma al rematar de un llano
Por una angosta senda que cruzaba
Un Indio laso, flaco, y tan anciano,
Que apenas en los pies se sustentaba,
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Cual de raices de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardia,
Llegué por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia:
Mas no sale con tanta ligereza
Sintiendo los lebreles por la via
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo sin mas atencion y advertimiento
Arrimando las piernas al caballo
A mas correr salí en su seguimiento,
Pensando aunque volaba de alcanzallo:
Mas el viejo dejando atras el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco mas estrecho
Que le ciñen dos cerros los costados.

Y mirando à lo bajo y mas derecho
En una selva de árboles copados
Ví una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocio.

Ocurrió luego á la memoria mia,
Que la razon en sueños me dijera
Como habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera:
Y así yo con grandísima alegria
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso siguiendo el un camino
Hastaque della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente:
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir, á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados;
Mas tomando otra senda que atraviesa
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Donde se lanzó por une senda,
Y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá fuera de tino
De una espesura en otra andaba atiento:
Vista pues mi torpeza y desatino
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba:
Y al vecino rumor encaminado,
Al pie de un roble que á la orilla estaba
Ví una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traido
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamas ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscarte el remedio y escaparte.

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel estraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo,

Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo
Para saber la cueva dó habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
Con un suspiro y tierno sentimiento
Me tomó blandamente por la mano
Saliendo de su frágil aposento:
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Dó comenzó á decirme lo siguiente:

Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fuí soldado
En cargo antecesor de Colocolo:
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvario,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mio:
Que por estraño caso y suerte dura
Perdí con Aynavillo en desafio
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

Viéndome pues con vida y deshonrado,
Que mil veces quisiera antes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á este desierto:
Donde mas de veinte años he morado
Sin ser jamas de nadie descubierto,
Sinó agora de ti, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

Asíque tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento,
Y pues que la fortuna te ha traido
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero es mi tio,
Hermano de Guarcolo padre mio.

Al pie de una espesísima montaña
Pocas veces de humano pie pisada
Hace su habitacion y vida estraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamas el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas, y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales:

Y en el escuro Reino del espanto
Apremia á los callados infernales
A que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente, y lo futuro.

En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los rios enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por sus fuertes palabras compelidas.

Las yerbas en su Agosto reverdece,
Y entiende la virtud de cada una,
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra fuerza y órden de la luna:
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos
A las palabras deste estan sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por saber y encantamientos
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes,
Los destinos y hados de las gentes.

No sé pues como pueda encarecerte
El poder deste Mágico adivino,
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede en su sobrino:
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazon desocupada
Que podrémos tener mejor entrada.

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda:
La cual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada
De espesas ramas y árboles cubierta
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y mas adentro una pequeña puerta
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
No sin algun temor de parte mia,
Cuando á una grande bóveda salimos
Dó una perpetua luz en medio ardia:

Y cada banda entorno della vimos
Poyos puestos por órden, en que habia
Multitud de redomas sobrescritas
De ungüentos, yerbas, y aguas infinitas.

Vimos allí del Lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos:
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso Chersidros cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del Cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpia,
La hiel de la biforme Amfisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer sacada
No por donde la llama la natura:
Y la espina tambien descoyuntada
De la sierpe Cerastes, y la dura
Lengua de la Emorroys, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
La superflua natura ha producido,
Escupidos de sierpes venenosos,
Las dos alas del Iaculo temido,
Y de la Seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso transparente
El corazon del Grifo atravesado,
Y ceniza del Fenix que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado:
El unto de la Scítala serpiente,
Y el pesado Echyneis, que en mar tirado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones,
Y mortíferas sierpes enconadas,
Alacranes, y colas de dragones,
Y las piedras del Aguila preñadas:
Buches de los hambrientos tiburones,
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido,
Por una puerta que á un rincon estaba
Ví salir un anciano consumido:

Que sobre un corvo junco se arrimaba;
El cual luego de mí fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta
Que apenas le alcanzára una ballesta.

Diciéndome: No es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Dó sin mi voluntad nadie ha llegado:
Mas porque sé que algun honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo,
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar le respondia,

Diciendo: O gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á tí sujetos:
Tú que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el órden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras.

Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino escuro
Meter la claridad y luz del cielo:
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal, que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta.

Sabrás que á este mancebo le ha traido
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que en las Indias regiones estendido
Hasta el Artico Polo se derrama:
El cual por mil peligros ha rompido
Tras su deseo corriendo que le llama
A celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra.

Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado
Viendo cuanto en la Europa sucedia:
Donde le fué asimismo revelado,
Que en tu escondida cueva entenderia
Estraños casos dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese mas su historia.

Y que noticia le darias de cosas,
Ya pasadas, presentes, y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,

Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras;
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.

Holgó el mago de oir cuán estendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida
Todo de arriba abajo me miraba:
Al fin con voz pujante y espedida
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera.

Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es menos alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados:
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.

Diciendo así, con paso tardo y lento
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica estraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no exceda.

Tenia el suelo por órden ladrillado
De cristalinas losas trasparentes,
Que el color contrapuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes:
El cielo alto diáfano estrellado
De innumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz dellas revocaba.

Sobre colunas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto entorno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas,
Que un sordo bien pensára que hablaban:
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se vía el extremo y excelencia
De armas, letras, virtud, y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia,
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estrivaban en su centro.

Despues de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo, y techo
La gran riqueza y varias esculturas,

El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando
Comenzó de enseñarme así hablando :

Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados :
Y algunos que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna.

Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado :
Mas no habrá en larga edad cosa futura,
Ni oculto disponer de inmóbil hado,
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas,
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante.

Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte frecuentada:
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar, tambien como de la tierra,

La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendrémos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni vera tan espantosa:
Y el gran Mediterraneo mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro;
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás como digo ser de vista
Testigo y verdadero coronista.

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado
Tan grande como el nuestro y tan patente:

Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio,
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto Mar Ausonio,
Donde se definió la gran porfia
Entre Cesar Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lepanto y Favonio
Junto á las Curchulares hacia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del Papa, de Felipe, y Venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles Turcos y Cristianos,
Que en órden de batalla aparejadas,
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: Presto
Verás una naval batalla estraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España:
Y luego con airado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al traves, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo : Orco amarillo Cancerbero,
O gran Pluton, rector del bajo infierno,
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos laguna Estigia, y lago Averno,
O Demogorgon tú que lo postrero
Habitas del Tartareo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito, y Flegetonte :

Y vos, Furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas :
Y vosotras Gorgoneas potestades
Por mis fuertes palabras apremiadas,
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura, esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¿ Hola, á quién digo, qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré la leyes del Erebo.

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,

Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco á moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demas causas sus efetos.

Mirando aunque espantado atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Ví que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia :
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos,
Y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego pues los Cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un Crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento :
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sones
Acercándose siempre caminaban,
Estandartes, banderas, y pendones
Sobre las altas popas tremolaban,
Las ordenadas bandas y escuadrones:
Esgrimiendo las armas se mostraban
Entorno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida, y voz pujante:
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante,
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.

---

# CANTO XXIV.

**Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armáda Turquesca con la huida de Ochali.**

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las Ausonias olas definida:
La soberbia Otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras Musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguage conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir extensa y claramente
Deste naval conflito y rompimiento,
Y las gentes que estan juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

¿ Quién bastará á contar los escuadrones,
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas, y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios, é instrumentos,
Aparatos, divisas, y ornamentos?

Ví Corvatos, Dalmacios, Esclavones,
Búlgaros, Albaneses, Trasilvanos,
Tártaros, Tracios, Griegos, Macedones,
Turcos, Lidios, Armenios, Georgianos,
Sirios, Arabes, Licios, Licaones,
Numidas, Sarracenos, Africanos,
Genízaros, Sanjacos, Capitanes,
Chances, Behelerbeyes, y Bajanes.

Ví allí tambien de la nacion de España
La flor de juventud y gallardia,
La nobleza de Italia y de Alemaña
Una audaz y bizarra compañia:
Todos ornados de riqueza estraña
Con animosa muestra y lozania,
Y en las popas, carceses, y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas pues venian
En tal manera y órden navegando,
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:

Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurria,
Donde venia un mancebo levantado
De gallarda presencia y bizarria,
Un riquísimo y fuerte peto armado
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte
Hijo de la fortuna y del Dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademan, y compostura;
En la fuerte celada, en la testera
Ví escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro el campo en sangre tinto:
Don Juan, hijo del Cesar Carlos quinto.

El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto;
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y experiencia,
De mucha expedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
A la batalla y trance peligroso
Con ánimo y valor, que aseguraba
Por cierta la victoria y fin dudoso:
Y su gran corazon facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un belicoso ardor y fuego ardiente;

Diciendo: O valerosa compañia,
Muralla de la Iglesia inexpugnable,
Llegada es la ocasion, este es el dia,
Que dejais vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfia,
Y la invencible fuerza y fé inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos.

Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su Rey, y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sinó es trayendo al enemigo á muerte.

Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:

Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende:
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Mas del poco de mar, que en medio veo.

Vamos pues á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama,
Del hado el curso próspero sigamos
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoroso estruendo de la guerra
Por todos los confines de la tierra.

Mirad por ese mar alegremente
Cuanta gloria os está ya aparejada,
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros pies sea derrocada:
Y someta hoy aquí todo el Oriente
A nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes Príncipes y Reyes
Los podemos quitar y poner leyes.

Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano,
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor Mahometano:
¿Que peligro, ó varones, temeremos
Militando debajo de tal mano?
Y quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

Solo os ruego, que en Cristo confiando,
Que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por él mostrando,
Que llamarse su mílite merece:
Con própósito firme protestando
De vencer ó morir, que si parece
La victoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es menos buena.

Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la victoria asegurada;
Asíque ya del cielo prometido
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.

Súbito allí los pechos mas helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos los diestros brazos levantados
La victoria, ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso jóven pues loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando
Atravesó por medio de la armada:

De blanca espuma el rastro levantando,
Cual luciente cometa arrebatada,
Cuando veloz rompiendo el aire espeso
Le suele así dejar gran rato impreso.

Asíque brevemente habiendo puesto
En órden las galeras y la gente,
A la suya Real se acostó presto
Donde fué saludado alegremente:
Y señalando á cada cual su puesto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artilleria, y alistada
Iba la vuelta de la Turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar mediterrano
Hará perpetua y célebre memoria:
Y Agustin Barbarigo Veneciano,
Proveedor de la armada Senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra
Con órden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino:
La del Papa y Venecia à los costados
Así continuaban su camino,
Cargando con igual compas y estremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas:
Seguian luego detras treinta galeras
Al general socorro señaladas,
Donde el Marques de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañia.

Por el órden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento
Ganándole la mar se aventajaba:
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y excelencia.

Opuesto al Barbarigo al cuerno diestro
Va Siroco Virrey de Alejandria
Con Memethbey cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazon regia:
Ochali renegado iba al siniestro
Con Carabey su hijo en compañia,
Y en medio en la batalla bien cerrada
Alí, gran General de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
Y de su perdicion la hora postrera,
Como prudente Capitan y osado
De la alta popa en la Real galera,

Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo,
Hizo esta breve plática diciendo:

No será menester, soldados, creo,
Moveros, ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestra bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

Que jamas la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta,
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado,
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

No os altere la muestra y el ruido
Con que se acerca la enemiga armada,
Que sabed que ese ejército movido,
Y gente de mil Reinos allegada
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un dia
Del mundo al gran Señor la monarquia.

Que esas gentes sin órden que allí vienen
En el valor y número inferiores
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos posesores
Las provincias y reinos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

Que ese su capitan envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido
Sin curso, disciplina, ni experiencia:
Y así presuntuoso y atrevido
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae á toda esa gente condenada
A la furia y rigor de vuestra espada.

No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la victoria deste dia,
Que lo mas desa armada temerosa
Es de la Veneciana Señoria:
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada mas al regalo y pulicia,
Y á las blandas delícias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

Y esotra turba multa congregada
Es pueblo soez, bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quién conformidad jamas se halla:

Gente que nunca supo que es espada,
Que antes que se comience la batalla,
Y el espantoso son de artilleria,
La romperá su misma voceria.

Mas vosotros, varones invincibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿ Qué peligros habra ya tan terribles,
Ni contrarios ejércitos ligados,
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con mas creciente
Teñido en roja sangre el color cano:
Abrid pues y romped por esa gente,
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.

Así el Bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heroica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba:
Pero en lo hondo del secreto pecho,
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolucion del adversario.

Y mas cuando un Genízaro forzado
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Despues de haberse bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo : El cuerpo de en medio y diestro lado,
Y el socorro que atras viene siguiendo ;
Si mi vista de aquí no desatina
Es de la armada y gente ponentina.

Sintió el Bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba :
Pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte
El secreto dolor disimulaba :
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte
Segun órden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron :
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,

El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos, y apellidos,
Todo en revuelta confusion hacia
Espectáculo horrible y armonia.

No la ciudad de Priamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia;
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan reconocida
La enemiga Real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente:
Mas la Turca con ímpetu impelida,
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las Reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras Turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron:
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron
De la derecha y de la izquierda mano
La general del Papa, y Veneciano.

Dó con segunda autoridad venia
Por general del Sumo V. Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio :
Tras la cual al socorro arremetia
Por el camino y paso mas vacio
La Patrona de España y Capitana
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El Príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana Ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa
La confusion y revolver furioso
Y del humo la negra nube espesa
La codiciosa vista me impedia,
Y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñi con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso Príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentia.

Luego con igual ímpetu, y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pie quedo
Pueden con las espadas golpearse :

o bastaba la muerte á poner miedo,
i allí se vió peligro rehusarse,
unque al arremeter viesen derechos
isparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente deseosa
e ejecutar sus golpes se juntaban,
cual violenta tempestad furiosa
os tiros y altos brazos descargaban:
ra de ver la priesa hervorosa
on que las fieras armas meneaban,
a mar de sangre súbito cubierta
omenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas, y costados
e acometen y ofenden sin sosiego,
Jnos cayendo mueren ahogados,
)tros á puro hierro, otros á fuego:
Vo faltando en los puestos desdichados
Quién á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artilleria
amas bastó á dejar plaza vacia.

Quién por saltar en el bajel contrario
Ira en medio del salto atravesado,
Quién por herir sin tiempo al adversario
aia en el mar de su furor llevado,
Quién con bestial desinio temerario
n su nadar y fuerzas confiado,
l odioso enemigo se abrazaba,
en las revueltas olas se arrojaba.

Cual será aquel, que no temblase, viendo
El fin del mundo, y la total ruina,
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda, y culebrina:
El sol los claros rayos recogiendo
Con faz turbada de color sanguina
Entre las negras nubes se escondia,
Por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado
Sobre el rodante carro presuroso
De Tesifon y Aleto acompañado
Discurre el fiero Marte sanguinoso:
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor, y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego afierra
Del pedazo del remo, ó de la entena:
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena,
No hay cosa de metal, de leño y tierra,
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban
(Aunque del duro acero resurtiesen)
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;

Y ardiendo en la agua fria peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles su propria sangre resolviendo
Andan agonizando sobreaguados,
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados :
Cuáles hacer mas daño no pudiendo
A los menos heridos abrazados
Se dejan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y son horrendo,
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta
Alquitran, y resína, y pez ardiendo :
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos :
Asíque con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados,

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian:
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
Del continuo batir apresurado,
El mar de todas partes rebatido
Hierve y reguelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado, y removido
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en un espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecia
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá de priesa, allá socorro envia,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo necesita:

Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce, y solicita
A la diestra, siniestra, á popa, á proa
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el Conde de Pliego don Fernando
Diligente, solícito, y cuidoso
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoso:
Así pues del cristiano y Turco bando
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando como digo
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
Que el fin y dia postrero parecia,
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no cesa:
De la presta y continua bateria,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen Marques de Santa Cruz que estaba
Al socorro comun apercibido:
Visto el trabado juego cual andaba,
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo se arrojaba
En medio de la priesa y gran ruido,
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera Real con gran porfia,
Y que otra de refresco bien armada
A embestirla con ímpetu venia:
Saltóle de traves, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Despues rabioso sin parar corriendo
Por la áspera batalla discurria,
Entra, sale, y revuelve socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistia:
¿ Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este dia
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con Turca sangre acrecentaron.

Don Juan en esto airado é impaciente
La espaciosa fortuna apresuraba,
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre agena y propria andaba:
Alí Bajá no menos digente
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles contino á la memoria
El gran premio y honor de la victoria.

Mas la Real cristiana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la Turca un gran portillo,

Por dó un grueso tropel de gente armada
Sin poder los contrarios resistillo
Entra con un rumor y furia estraña,
Gritando : Cierra, cierra, España, España.

Los Turcos viendo entrada su galera
Del temor y peligro compelidos
Revuelven sobre sí, de tal manera
Que fueron los cristianos rebatidos :
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes Españoles ofendidos
Venciendo el nuevo golpe de la gente
Los vuelven á llevar forzosamente.

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pie con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza:
Carga socorro de uno y otro bando,
Fatígales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recudian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos y los otros se empedian :
Pero de medecinas providos
Luego de nuevo á combatir volvian
Las enemigas fuerzas reprimiendo,
Que iban al parecer convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino
( Mas que de vista de ánimo dotado )
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
Demas de la pesada y gran caida,
Que resistir no pudo el peto fuerte,
Ni la rodela á prueba guarnecida:
Al fin el jóven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
Encontra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta Capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana:
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballeria cristiana
La multitud pagana contrastando
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el Virrey de Argel, cosario experto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto,
Que de todo no estaba bien cerrado,

Antes que se pusiesen en concierto
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, señor, sobrepujando
A las fuerzas el número excesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De bautizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor su Capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada:
Y batiendo los remos se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los páganos
Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados,
Y la sed de venganza de manera,
Que embistiendo á los Turcos por los lados
Entran haciendo ríza carnicera:
Asíque victoriosos y vengados
Recobraron su honor y la galera,
Hallando solos vivos los primeros
Al General y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambicion la fortaleza:
Pues Sebastian Veniero contrastando
La Turca fuerza y bárbara fiereza
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recibida en Famagusta.

La Capitana de Sicilia entanto
Tambien Portan Bajá la combatia,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los Cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplia,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan de la sangre de Cardona
Ejércitando allí viejo oficio
Ofrece á los peligros la persona
Dando de su valor notable indicio:
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
El sabio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:

Ora oprime la Turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia Sarracina,
No pudo contrastar el duro hado,
O por mejor decir órden divina:
Que ya el último término llegado
De una furiosa flecha repentina
Fué herido en el ojo en descubierto,
Donde à poco de rato cayó muerto.

Aunque fné grande el daño y sentimiento
De ver tal Capitan así caido,
No por eso turbó el osado intento
Del Veneciano pueblo embravecido:
Antes con mas furor y encendimiento
A la venganza lícita movido
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plácito maestro:
Tambien Hector Espínola pelea
Con uno y otro á diestro y siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La experta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoria,
Ni haberse la victoria declarado:
Cuando el bravo don Juan que en saña ardia
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruido
Por el valor de la cristiana espada
El furor Mahométicoo oprimido,
Y la Turca real del todo entrada:
Dó el estandarte bárbaro abatido
La Cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solene y grande gloria,
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
Por los míseros Turcos ya turbados,
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados:
Y las espadas y ánimos rindiendo
A su fortuna mísera entregados
Dieron la entrada franca como cuento
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
De la victoria sanguinosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:

Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochalí viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego, y agua ya rendida:
La derrota tomó por el poniente
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga dándole caza en seguimiento;
Iban tras ellos al traves saliendo
El de Bazan y el de Oria á sotavento
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla viendo angosta
La senda y ancho mar segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa
En tierra con gran ímpetu embestia:
Y cual se vé tal vez saltar langosta
En multitud confusa; así á porfia
Salta la gente al mar embravecido
Huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro, y pecho
El gran reflujo de las olas hiende,
Cuál sin mirar al fondo y largo trecho
No sabiendo nadar, allí lo aprende:
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre el caro hijo atiende;
Que el miedo de respetos enemigo
Jamas en el peligro tuvo amigo.

Asíque del temor mismo forzados
En la arenosa playa pie tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
A mas correr huyendo se escaparon:
Deshechos pues del todo y destrozados
Los miserables bárbaros quedaron,
Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
Rendido el nombre de Austria al Otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el Mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruido,
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura cada cosa
Me fué parte por parte declarando:

Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, iré dejando
Todo aquello aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
Del Mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos:
Lo cual considerado nos partimos
Desmintiendo los pasos peligrosos,
En su demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba
De cultivadas lomas rodeado:
Y en la mas llana que á la entrada estaba
Por ser lugar y sitio acomodado
La gente se alojó por escuadrones,
Las tiendas levantando y pavellones

Estaba el campo apenas alojado,
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro Araucano bien armado
Buscando el pavellon de don Garcia:
Y á su presencia el bárbaro llegado
Sin muestra ni señal de cortesia
Le comenzó á decir; pero entretanto
Será bien rematar mi largo Canto.

---

# CANTO XXV.

Asientan los Españoles su campo en Millarapué : llega á desafiarlos un Indio de parte de Caupolican : Vienen á la batalla muy reñida y sangrienta : Señalanse Tucapel y Rengo : cuéntase tambien el valor que los Españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada;
Alcance lo que así difícilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron :
Pues los últimos Indios moradores
Del Araucano Estado así alcanzaron
El órden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
Representar en órden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla,
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor de esta gente y ejercicio.

Y sobre todo debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza, ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la experiencia;
Pues por maña jamas ni por espias
Dello tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes:
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el Capitan aposentando?

Y á su presencia el bárbaro llegando
Con tonó sin respeto levantando,
Habiéndose juntado mucha gente
Soltó la voz diciento libremente :

O Capitan cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido :
Que el gran Caupolicano deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla
Pide de solo á solo la batalla.

Que siendo de personas informado,
Que eres mancebo noble floreciente
En la arte militar ejercitado,
Capitan y cabeza desta gente :
Dándote por ventaja de su grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin excepcion de condicion alguna
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

Y así por entender que muestras gana
De encontrar el ejército Araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendra á presentar en este llano :
Dó con firmeza de ambas partes llana
En medio de los campos mano á mano
Si quieres combatir sobre este hecho
Remitirá á las armas el derecho,

Con pacto y coudicion que si vencieres
Someterá la tierra á tu obediencia;
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia :
Y cuando tú por él vencido fueres
Libre te dejará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sinó solo el honor de la victoria.

Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente :
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano
Persona por persona, y mano á mano.

Esto es á lo que vengo, y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrio
Si quieres por el término ofrecido
Reusar ó acetar el desafio :
Que aunque el peligro es grande y conocido
De tu altiveza y ánimo confio,
Que al fin satisfarás con osadia
A tu estimado honor y al que me envia.

Don Gracia le responde : Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que el plazo puesto y señalado asiento,
Podrá á su voluntad venir seguro.

El Indio que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo : yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.

Con esto sin pasar mas adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia :
Algonos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espia,
Que iba á reconocer con este intento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche los soldados
En órden de batalla nos pusimos,
Y á las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos
Del sueño y graves armas fatigados :
Aunque crédito entero nunca dimos
Al Indio, por pensar que solo vino
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á solo una :

Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres distintas partes dividido.
El ejército bárbaro ordenado,
Cada escuadron de gente muy fornido,
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual órden como cuento
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera:
Mas antes que llegáse anticipada
Se arroja por una áspera ladera:
Y al escuadron siniestro encaminada
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolican que gobernando
Iba aquel escuadron algo adelante,
El paso hasta su gente retirando
Hizo calar las picas á un instante:
Donde los pies y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro estraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con ligero vuelo
Desocupan atónitos las sillas,
Otros vueltas las plantas hacia el cielo
Imprimen en la tierra las costillas:

Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar mas recio las rodillas,
Aunque mas se mostraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
Que todos sin errar fueron derechos,
Cuáles de banda á banda atravesaron,
Cuáles atropellaron con los pechos :
Todos en un instante se mezclaron
Viniendo á las espadas mas estrechos
Con tal priesa y rumor, que parecia
La espantosa Vulcanea herreria.

El bravo general Caupolicano
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata, y echa á tierra :
Hallándose muy junto á Berzocano
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tal puñada,
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este otro derriba otro mata,
Que fué por su desdicha el mas vecino,
Abre, destroza, rompe, y desbarata
Haciendo llano el áspero camino :
Y al Yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcon al pollo ó palomino
Sin poderle valer los mas cercanos
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando
A su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza
Comenzando un combate fiero, crudo,
Ya tiran á los pies, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo:
Así pues anduvieron una pieza;
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel, y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortes, y Juan Jufré con riesgo estraño
Sustentan todo el peso de su banda:
Tambien hacen efecto y mucho daño
Reynoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguia, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo peleando,
Carranza, Aguayo, Zuñiga, y Castillo
Resisten al furor del Indio bando
Con Diego Cano, Perez, y Ronquillo:

Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo
Derriban à sus pies gallardamente
Aunque à Costa de sangre mucha gente.

El escuadron de en medio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda;
Acelerando el tiempo y la corrida
Acude á socorrer la furia horrenda:
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos,
Lanzas, gorguces, y armas enhastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:
Vienen en un momento á las espadas,
Y aun otros mas coléricos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un rebes y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de su troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan de Inarauna tal herida,
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tirà una punta y á Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida:
Pero en esta sazon inadvertido
De mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole entorno como fiera
En confuso monton le fatigaba:
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece:
Lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece,
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilità lo imposible.

El último escuadron y mas copioso
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso aunque ordenado presuroso
Por la tendida loma ibà subiendo:

Y en el dispuesto llano y espacioso
Nuestro escuadron del todo descubriendo
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia
El mozo Galvarino sargenteando,
Que sus tronçados brazos descubria
Las llagas aun sangrientas amostrando:
De un canto al otro apriesa discurria
El daño general representando
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones.

Diciendo: O valentísimos soldados,
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito Araucano!
Estad de la victoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente, son las heces
De los que habeis vencido tantas veces,

Y esta postrer batalla fenecida
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza inhiesta, ni contraria espada:
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos excesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos.

Que si en esta batalla sois vencidos
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos
Inhábiles del uso de la guerra:
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios mas serviles,
Y bajos ejercicios mugeriles.

Tened, varones, siempre en la memoria,
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpetuamente esta victoria
Todas vuestras hazañas asegura:
Considerad, soldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que como digo
Un tan breve trabajo trae consigo

Que aquel que se mostráre buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere,
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere:
Tambien piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere,
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por juez el enemigo.

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podia sufrir el órden y tardanza:

Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolucion y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el esento y pedregoso llano,
Que mas de un tiro de arco se estendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada cual traia
Se embisten los airados escuadrones,
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron,
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron:
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia estraña,
Todos en un teson igual poniendo
La estrema industria, la pujanza y maña:
Sube á los cielos el furioso estruendo,
Retumba entorno toda la campaña
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el corage, crece la contienda,
Y el batir sin cesar siempre mas fuerte,
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte:
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea:
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues asimismo procurando
Fenecer la cuestion le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos lo desviaba:
Que el Italiano mozo peleando
En el otro escuadron distante andaba
Haciendo por su estraña fuerza cosas,
Que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguan una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena:

Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo á Pon cercena,
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
Como grulla le deja en un pie solo.

Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo
Venia por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo
Vió cubierta de muertos la ancha tierra:
Y al Ginoves gallardo conociendo
Como cebado tigre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto
Sobre las puntas de los pies enhiesto.

Fué de la maza el Ginoves cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodon colchada:
Estuvo el Italiano adormecido,
Vomita sangre la color mudada,
Y vió dando de manos por el suelo
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego
Con mas furor y menos bien guiado,
Que á no ser á soslayo el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado:
El Ginoves desatinado y ciego
Fué un poco de traves mas recobrado,
Se puso en pie con priesa no pensada
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la estrema rabia y fuerza rara
Sobre el jóven la cala de manera,
Que si el ferrado leño no cruzára
De arriba á bajo en dos le dividiera :
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrára tan honda la herida,
Que privára al mancebo de la vida.

Viéndose el Araucano pues sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela :
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con ligereza y diestro brio
Hurtando el cuerpo así, que el Italiano
Con la espada azotó el aire vacio :
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano
Que entrando recio al punto del desvio
Fué el Girones tan presto, que no pudo
Sinó cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada
Que defender no pudo la cabeza;

Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo Ginoves que al fiero Marte
Pensára desmembrar, recio le asia;
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro jóven excedia:
Revuelvense por una y otra parte,
El uno al pie del otro rebatia,
Intrincando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don Garcia de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente:
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y Capitan prudente
Con igual disciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillan, y don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra
Dando muerte, defienden bien su vida:
El Fator Vega, y Contador Segarra
Habian echado á parte una partida,
Siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Pasáranlo pues mal al otro lado
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon, y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo, y Alegria,
Barrios, Diego de Liga, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañia
Con valeroso esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.

Tambien acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivel, y Altamirano,
Villaroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, sinó la mano,
Que non puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruido
En el otro escuadron de medio dia,
Y era que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de su esfuerzo y valentia
Se habia por la batalla así metido,
Que volver á los suyos no podia,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera
Muchos en daño ageno escarmentando:

Pero la turba acá y allá ligera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palos y armas enhastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura,
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y mas incierto
Quebranta brazo, pierna, ó coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque como digo combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible:
Y por mas que esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que aun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla
Sin dejarle alentar le fatigaba,
Cuando de la otra parte por la orilla
De la alta loma Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza
Por donde quiera que iba, larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada,
Y en esto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Asoma otro famoso de Xarama,
Que deshace la junta y la derrama:

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del monton, que sin recelo
Poco á poco cerrándole venia;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traía,
Viéndole así tratar sin poner duda
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacía tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: Aunque enemigo
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:

Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á [illegible] tiempo el desafio.

Rengo le respondió : Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado :
En esto mas ligero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pie, y á nuestra gente asalta,
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó : Seria bajeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazon aventajada :
Cobra, cobra tu fuerza, y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.

No se dijeron mas, y por la via
Los dos competidores Araucanos
Haciéndose amistad y compañia
Iban, como si fueran dos hermanos :
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el escuadron gallardamente
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida, ni arma ociosa :
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los duros y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
Y de golpes la furia apresurada
Como ventoso y negra nube, cuando
Del Vulturno ó del Zéfiro arrojada
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos, y tejados
Son con priesa terrible golpeados :

Pues de aquella manera y mas furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban :
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban :
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado :

A pura fuerza el escuadrou cristiano
Del contrario teson sobrepujado
Comenzó poco á poco á perder tierra
Hacia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,
Y el ímpetu del bárbaro violeuto,
Que por el Araucano en voz sonora
Se cantó la victoria y vencimiento:
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
Encontra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza
Metido en el contrario peleaba
Haciendo fiero estrago y gran matanza:
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro Canto.

# CANTO XXVI.

**Dáse noticia del fin de la batalla y retirada de los Araucanos : la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte : asimismo se pinta el jardin y estancia del Mago Fiton.**

NADIE puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto,
Ni está libre del mar tempestuoso
Quién surto no se ve dentro del puerto,
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto,
Jamas próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aqui la historia
Cuan poco les duró á los Araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria :
Pues llevando de rota á los cristianos,
Y habiendo ya cantado la victoria,
De los contrarios hados rebatidos
Quedaron vencedores los vencidos.

Que como os dijé el escuadron postrero
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre mas entero
Al bárbaro enemigo retrahia,
Que aunque el fuerte Lincoya el delantero
A la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla quebrantada
La dañosa soberbia y osadia
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todo ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria apriesa,
Que aun no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido :
El gran estrago y mortandad no cesa,
Suena el destrozo y áspero ruido.
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intrincadas.

Jamas de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida :

Que con impacientísimo deseo
Atajados los pasos y huida
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, javalinas:

Como los nuestros hasta allí cristianos,
Que los términos lícitos pasando
Con crueles armas y actos inhumanos
Iban la victoria deslustrando:
Que ni el rendirse puestas ya las manos
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
A reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destrozo de la guerra,
Huye del grande estrago que este dia
Hubo en los defensores de su tierra:
La sangre que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la tierra,
Las lástimas, las voces y gemidos
De los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
Su mayor escuadron desbaratado,
Perdiendo todo el ánimo dejaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso aunque largo, concertado
Altas y campeando las banderas
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que desbaratada ya su gente,
Y puesta en rota y mísera huida,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida
Dando mas furia á la ferrada maza
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí como invencible y valeroso
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infructuoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso
Volviendo el rostro atras de cuando en cuando
Tomó á la mano diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente destrozada
Habia el temor algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada
En escuadron formado y recogido
Vuelven el rostro y pechos esforzados
A la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
A vueltas del rumor tambien andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,

Apresuré los pasos acudiendo
Hacia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos Españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando :
Caballeros, entrad que todo es nada ;
Mas ellos el peligro ponderando
Dificultaban la dudosa entrada :
Yo pues á la sazon á pie arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo : O don Alonso ! quien procura
Ganar estimacion y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse :
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los Indios entregarse,
Que al que abriere la entrada defendida
La será la victoria atribuida.

Oyendo pues mi nombre conocido,
Y que todos volvieron á mirarme,
Del hónor y vergüenza compelido
No pudiendo del trance ya escusarme,
Por lo espeso del bosque y mas temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon y Coronado.

Los cuales de vivir desesperados
Los obstinados Indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron:
En esto ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo reduciendo
A término dudoso el vencimiento,
El menos animoso acometiendo
El mas dificultoso impedimento.
¿Cuál será aquel que pueda ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quien á cual allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos,
Por los muslos y cuerpo otros cercenan,
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos,
Que vinieron algunos de impacientes
A los brazos, á puños, y á los dientes.

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora
Remató la contienda y gran jornada:

Que la gente Araucana en poca de hora
En aquel sitio estrecho destrozada
Quiso rendir al hierro antes la vida,
Que al odioso Español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demas con pasos ordenados
Como ya dijé atras se retiraron:
De manera que ya nuestros soldados
Recogiendo el despojo que hallaron,
Y un número copioso de prisiones,
Volvieron á su asiento y pavellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los mas dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituidos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando
De la cruda sentencia condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido:
Mas él luego los brazos levantando,
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no sanos.

Era pues Galvarino este que cuento,
De quien el Canto atras os dió noticia,
Que porque fuese ejemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por justicia:
El cual con el usado atrevimiento
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte
Habló mirando á todos desta suerte:

O gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia:
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la Araucana monarquia,
Muertos podrémos ser, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos.

No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza,
Que si la odiosa vida dilatamos
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que cuando el justo fin no consigamos,
Tenemos en la espada confianza
Que os quitará en nosostros convertida.
La gloria de poder darnos la vida.

Sús, pues ya, qué esperais, ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago:

Pero si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.

De tal manera el bárbaro esforzado,
La muerte en alta voz solicitaba
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba:
Y en gentil propósito obstinado
Diciéndonos injurias procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo que estaba á par dél considerando
El propósito firme y osadia,
Me opuse contra algunos procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia:
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fué llevado
A ser con los Caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solenidad y desatino
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamas usado:
Que á cada Indio de aquella compañia
Un bastante cordel le fué entregado;
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros
Del cierto asalto la señal tocando
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando:
Cuanto aquellos Caciques que ligeros
Por los mas grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno dellos algo arrepentido
De su ligera priesa y diligencia,
A nuestra devocion ya reducido
Vuelto pidió para hablar licencia:
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia
Los ánimos cristianos conmoviendo
Habló contritamente así diciendo:

Valerosa nacion, invicta gente,
Donde del estremo de virtud se encierra,
Sabed que soy Cacique y descendiente
Del tronco mas antiguo desta tierra:

No tengo padre, hermano, ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra,
Y pues se acaba en mí la descendencia
Os ruego useis conmigo de clemencia.

Quisiera proseguir, si Galvarino
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Porqué á gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?

Dime, infame, traidor de fé mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable,
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado aunque adverso tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte,
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.

Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble Cacique arrepentido
Al cuello el correzido lazo echado
Quedó de una alta rama suspendido:
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado
Aun á la misma muerte no rendido,
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando el infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desman ni impedimento
A la bajada y sitio desdichado,
Dó Valdivia fundó la Casa-fuerte,
Y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa circundaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con menos daño y mas segura estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla sin sangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra,
Dejando un trecho atras la compañia
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida
Diciendo: ¿Donde vais que no hay salida?

Volví el rostro y las riendas hacia el lado
Donde la estraña voz habia salido,
Y ví á Fiton el Mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido

Sobre el herrado junco recostado,
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté ligeramente
Saludándole alegre y cortesmente.

El me dijo : Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza :
Pero aunque mas razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ; ni será justo dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

Que es órden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo :
Y aunque vuestra ventura agora crezca
No durará gran tiempo, porque os digo
Que como á los demas el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.

Si la fortuna así á pedir de boca,
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada :
Y porque á mí decir mas no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que tambien desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.

Yo de le ver así maravillado,
Y mas de la siniestra profecia,
Mi caballo en un líbano arrendado
Le quise hacer un rato compañia:
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la espesura y breña estraña
Hasta llegar al pie de la montaña.

En un lado secreto y escondido
Donde no habia resquicio, ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura:
Y luego con horrísono ruido
Se abrió una estrecha puerta y boca escura,
Por dó tras él entré erizado el pelo
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Dó estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista,
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el Mago al punto,
Y en un jardin entramos espacioso
Dó se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:

Hoja no discrepaba de otra un punto
Haciendo cuadro, ó círculo hermoso,
En medio un claro estanque dó las fuentes
Murmurando embiaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores,
Cuando mas rica Primavera embia,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodia
Dejaban las potencias y sentidos
De un ageno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidára
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamára
Haciéndome señal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del Mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á señalarme
El mundo me mostró como si fuera
En su forma real y verdadera.

Pero para decir por órden cuanto
Ví dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo Canto,
Y tener la memoria recogida :
Así, señór, os ruego que entre tanto,
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejó en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

---

# CANTO XXVII.

Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras : cuéntase tambien como los Españoles levantaron un Fuerte en el valle de Tucapel : y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto mas breve y menos afectada :
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa, y nos enfada,
Que el manjar mas sabroso y sazonado
Os deja cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿ Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ser sabroso al gusto y al oido ?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido,
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, señor, le pareciere,
Que me voy en el curso deteniendo,
El estraño camino considere,
Y que mas que una posta voy corriendo,
En todo abreviaré lo que pudiere,
Y así á nuestro propósito volviendo
Os dije como el Indio Mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las mas menudas sabandijas.

El Mágico me dijo: Pues en este
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reste
Verás del universo la gran traza,
Lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,
Y cuanto ciñe el mar, y el aire abraza,
Rios, montes, lagunas, mares, tierras
Famosas por natura y por las guerras.

Mira al principio de Asia á Calcedonia
Junto al Bósforo en frente de la Tracia
A Lidia, Caria, Licia, y Licaonia,
A Panfilia, Bitinia, y á Galacia:

Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia, y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoso,
Que entra en el mar de Persia caudaloso.

Mira la Siria, ves allí la indina
Tierra de promision de Dios privada,
Y á Nazaren dichosa en Palestina,
Dó á Maria Gabriel dió la embajada:
Ves las sacras reliquias y ruina
De la ciudad por Tito desolada,
Dó el Autor de la vida escarnecido
A vergonzósa muerte fué traido.

Mira el tendido mar Mediterrano,
Que la Europa del Africa separa,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano
Que abrió Moisen sus aguas con la vara:
Mira el golfo de Ormuz y mar Persiano,
Y aunque á partes la tierra no está clara,
Verás hacia la banda descubierta
Las dos Arabias feliz y desierta.

Mira á Persia y Carmania, que confina
Con Susiana al lado del poniente,
Donde el forjado acero se fulmina
De pasta y temple fino y excelente:
Drangiana, y Gedrosia que camina
Hasta el mar de India y ferias del Oriente,
Y adelante siguiendo aquella via
Verás la calurosa Aracosia.

Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India al Levante prolongada,
Ves el Catay, y su ciudad de Canta,
Que sobre el Indo mar está fundada:
La China, y el Maluco y toda cuanta
Mar se estiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa antiguamente
Término y fin postrero del Oriente.

Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
Hacia la Trapisonda dilatados
Y otros Reinos pequeños comarcanos
Tributarios de Persia y aliados:
Los Iberos que llaman Gorgianos,
Y los pobres Circasos derramados,
Que su lunada tierra en parte angosta
Toma del mar mayor toda la costa.

Ves el revuelto Cirro caudaloso,
Que la Iberia y Albania así rodea,
Y el alto monte Caúcaso fragoso,
Que su cumbre gran tierra señorea:
Mira el Reino de Colcos tan famoso
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jason vino
En busca del dorado vellocino.

Mira la grande Armenia memorable
Por su ciudad de Tauris señalada,
Y al sur la religiosa y venerable
Soltonia sin respeto arruinada

Por la Tártara furia irreparable
Del grande Taborlan, que de pasada
Cuanto encontró lo puso por el suelo,
Cual ira ó rayo súbito del cielo.

Mira á Tigris y Eufrates, que poniendo
Punto á Mesopotamia en compañia,
Hasta el golfo de Persia van corriendo
Dejando á un lado á Egipto y á Suria :
Ves la Partia y la Media que torciendo
Su corba costa abraza al mediodia
El Caspio mar, por otro nombre Hircano,
Que en forma oval se estiende al subsolano.

Mira la Asiria y su ciudad famosa
Donde la confusion de lenguas vino,
Que sus muros, labor maravillosa,
Hizo Semiramis madre de Nino :
Donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
Cortándole en su próspera corrida
El hilo de los hados y la vida.

Mira en Africa al Sur los estendidos
Reinos del Prestejuan, donde parece
Que entre los mas insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece :
Tres frutos da en el año repartidos,
Y tres veces se agosta y reverdece,
Tiene en veinte y dos grados su postura
Al Antártico polo por la altura.

Ves á Gogia y sus montes levantados
Que á todos sobrepujan en grandeza,
Canos siempre de nieve los collados,
Y abajo peñascales y aspereza,
Que forman un gran muelle rodeados
De breñales espesos y maleza,
Morada de osos, puercos, y leones,
Tigres, panteras, grifos, y dragones.

Destos peñascos ásperos pendientes,
Llamados hoy el monte de la Luna,
Nacen del Nilo las famosas fuentes,
Y dellos rios sin nombre y fama alguna:
Que aunque tuercen y apartan sus corrientes
Se vienen á juntar á una languna
Tan grande, que sus senos y laderas
Baten de tres provincias las riberas.

A Cogia, y Beguemedros al oriente,
Y á Dambaya al poniente, del cual lado
Hay islas donde habita varia gente,
Y todo el ancho círculo es poblado:
De aquí el famoso Nilo mansamente
Nace, y despues, mas grande y esforzado
Parte á Gogia de Amara, y va tendido
Sin ser de las riberas restringido,

Hasta un angosto paso peñascoso
Que lo va los costados estrechando,
De donde con estrépito furioso
Se va en las Cataratas embocando:

Despues mas ancho, grave y espacioso
Llega á Meroe gran isla costeando
Que contiene tres Reinos eminentes
En leyes y costumbres diferentes.

Mira al Cairo que incluye tres ciudades,
Y el palacio Real de Dultibea,
Las torres, los jardines, y heredades,
Que su espacioso círculo rodea:
Las Pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque sea
Señal de sus riquezas la hechura,
Fué mas que él edificio la locura.

Mira los despoblados arenosos
De la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
Donde habita la bruta y negra gente:
Mira los Trogloditas belicosos,
Y los que baña Gambia en su corriente,
Mandingos, Monicongos, y los feos
Zapes, Biafras, Gelofos, Guineos.

Ves de la costa de Africa el gran trecho,
Los puertos señalados y lugares
De las bocas del Nilo hasta el estrecho
Por dó se comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto si mirares
Verás aun las reliquias y el estrago
De la ciudad famosa de Cartago.

Mira á Sicilia fértil y abundosa,
A Cerdeña, y á Córcega de frente,
Y en la costa de Italia la viciosa
Tierra que va corriendo hacia el Poniente:
Mira la ilustre Nápoles famosa,
Y á Roma que gran tiempo antiguamente
Se vió del universo apoderada,
Y de cada nacion despues hollada.

Mira en Toscana á Siena, y á Florencia,
Y dejando la costa al mediodia
A Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y Señoría:
Padua, Mantua, Cremona, y á Placencia,
Milan, la tierra y Parque de Pavia,
Adonde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco Rey de Francia.

Mira Alejandria, y por Liguria entrando
A la soberbia Génova y Savona,
Y el Piamonte y Saboya atravesando
A Leon, á Tolosa y á Bayona:
Y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Potiers, Orleans, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Gueldres, Frisia, Olanda,
Ingalaterra, Escocia, Ibernia, Irlanda;

A Dinamarca, Dacia, y á Norvega
Hacia el mar de Dantisco y costa helada,
Y á Suecia que al confin de Gocia llega,
Que está entorno del mar fortificada,

De donde á la Gelandia se navega :
Y mira allá á Grolandia desviada
Del solar curso y la Zodiaca via,
Dó hay seis meses de noche, y seis de dia.

Mira al norte á Moscovia que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan su término y medida
Las Rifeas montañas por un lado :
Y de las fuentes del Tanais tendida
Llega al monte Iperboreo y mar helado,
Confina con Sarmacia y Tartaria,
Y corre por el Austro hasta Rusia.

Mira á Libonia, Prusia, Lituania,
Samogacia, Podolia, y á Suria,
A Polonia, Silesia, y á Germania,
A Morabia, Bohemia, Austria, y Hungria,
A Corvacia, Moldavia, Trasilvania,
Valaquia, Bulgaria, Esclavonia,
A Macedonia, Grecia, la Morea,
A Candia, Chipre, Rodas, y Judea.

Mira al Poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de dó es cierto
Que procede y se estiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto :
Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar antes fundado que la villa.

Ves á Burgos, Logroño, y á Pamplona;
Y bajando al poniente á la siniestra
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
A Leon, y á Galicia de la diestra:
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coimbra, y Salamanca que se muestra,
Felice en todas ciencias, dó solia
Enseñarse tambien Nigromancia.

Mira á Valladolid que en llama ardiente
Se irá como la Fenix renovando,
Y á Medina del Campo casi enfrente,
Que las ferias la van mas ilustrando:
Mira á Segovia y su famosa puente,
Y el Bosque, y la Fonfrida atravesando
Al Pardo, y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto y montuoso
Al pie del alto puerto algo apartado,
Que aunque le ves desierto y pedregoso
Ha de venir en breve á ser poblado:
Allí el Rey don Felipe victorioso
Habiendo al Franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

Será un famoso templo incomparable
De sontuosa fábrica y grandeza,
La máquina del cual hará notable
Su religioso zelo y gran riqueza:

Será edificio eterno y memorable
De inmensa magestad y gran belleza,
Obra al fin de un tal Rey, tan gran cristiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

Mira luego á Madrid, que buena suerte
Le tiene el alto cielo aparejada,
Y á Toledo fundada en sitio fuerte
Sobre el dorado Tajo levantada:
Mira adelante á Córdoba, y la muerte
Que airada amenazando está á Granada,
Esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

Mira á Sevilla, ves la realeza
De templos, edificios, y moradas,
El concurso de gente y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas:
Que de oro, plata, perlas, y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y salen otras dos de mercancia
Con gente, municion, y artilleria.

Mira á Cadiz, donde Hércules famoso
Sobre sus hados prósperos corriendo
Fijó las dos colunas victorioso
Nihil ultra en el mármol escribiendo:
Mas Fernando Católico glorioso
Los mojonados términos rompiendo
Del ancho y nuevo mundo abrió la via,
Por que en un mundo solo no cabia.

Mira por el Oceano bajando
Entre el húmedo Noto y el Poniente
Las islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro especialmente:
Que falta de agua la natura obrando
Las aves, animales, y la gente
Beben la que de un árbol se distila
En una bien labrada y ancha pila.

Mira á la banda diestra las Terceras
Que estan de Portugueses ocupadas,
Y corriendo al sudueste las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca vistas estrangeras,
Entre las cuales son mas señaladas
Los Lucayos, San Juan, la Domínica,
Santo Domingo, Cuba, y Jamaíca.

Ves de Bahama la canal angosta,
Y siguiendo al poniente la Florida,
La tierra inútil, y lucida costa
Hasta la nueva España proseguida:
Donde Cortes con no pequeña costa
Y gran trabajo y riesgo de la vida
Sin término ensanchó por su persona.
Los límites de España y su corona.

Mira á Jalisco, y Mechoacan famosa
Por la raiz medicinal que tiene,
Y á Méjico abundante y populosa,
Que el Indio nombre antiguo aun hoy retiene:

Ves al sur la poblada y montuosa
Tierra, que en punta á prolongar se viene,
Que los dos anchos mares por los lados
Le van adelgazando los costados.

A Panamá, y al nombre de Dios mira,
Que sus estrechos términos defienden
A dos contrarios mares que con ira
Romper la tierra y anegar pretenden:
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden
De Santa Marta y cabo de la Vela
Hasta el lago y ciudad de Venezuela.

A Bogota, y Cartama, que confina
Con Arma y Cali tierra prolongada,
Popayan, Pasto, y Quito, que vecina
Está á la equinocial linea templada:
Mira allá á Puerto viejo dó la mina
De ricas esmeraldas fué hallada,
Y las tierras que corren por la via
Del Euro, de Volturno y Mediodia.

Ves Guayaquil que abunda de madera
Por sus espesos montes y sombrios,
Tumbez, Payta y su puerto, que es primera
Escala donde surgen los navios:
Piúra, Loja, la Zarza, y Cordillera
De dó nacen y bajan tantos rios,
Que riegan bien dos mil millas de suelo,
Donde jamas cayó lluvia del cielo.

Mira los grandes montes y altas sierras
Bajo la Zona Tórrida nevadas,
Los Mojos, Bracamoros, y las tierras
De incultos Chachopoyas habitadas:
Cajamarca, y Trujillo, que en las guerras
Fueron famosas siempre y señaladas,
Y la ciudad insigne de los Reyes
Silla de las Audiencias y Virreyes.

Y á Guanuco, Guamanga, y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco antiguo pueblo y señalado
Asiento de los Ingas y Orejones:
Mira el solsticio y trópico pasado
Del Austral Capricornio las regiones
De varias gentes bárbaras estrañas,
Los rios, lagunas, valles, y montañas.

Mira allá á Chuquiabo que metido
Está á un lado la tierra al Sur marcada,
Y adelante el riquísimo y crecido
Cerro de Potosí, que de cendrada
Plata de ley y de valor subido
Tiene la tierra envuelta y amasada,
Pues de un quintal de tierra de la mina
Las dos arrobas son de plata fina

Ves la villa de Plata la postrera
Por el Levante á la siniestra mano,
Y atravesando la alta Cordillera
Calchaqui, Pilcomayo, y Tucomano.

Los Iuríes, los Diaguitas, y ribera
De los Comechingones, y el gran llano
Y fructífero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto.

Ves volviendo á la costa los collados
Que corren por la banda la Atacama,
Y la desierta costa y despoplados
Dó no hay ave, animal, yerba, ni rama:
Ves los Copayados Indios granados,
Que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquen, y el rio
De Maule, y el de Itata, y Biobio.

Ves la ciudad de Penco, y el pujante
Arauco, Estado libre poderoso,
Cañete, la Imperial, y hacia el Levante
La Villa rica, y el volcan fogoso:
Valdivia, Osorno, el Lago, y adelante
Las islas y Archipiélago famoso,
Y siguiendo la costa el Sur derecho
Chiloé, Coronados, y el estrecho

Por donde Magallanes con su gente
Al mar del Sur salió desembocando.
Y tomando la vuelta del Poniente
Al Maluco guió noruesteando:
Ves las islas de Acaca, y Zabu enfrente,
Y á Matan dó murió al fin peleando,
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.

Ves las manchas de tierras tan cubiertas,
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de estrangeros pies jamas pisadas:
Las cuales estarán siempre encubiertas
Y de aquellos celages ocupadas
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque mas sus secretos se engrandezcan.

Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender si tiempo hubiera
De los celestes cuerpos la excelencia:
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los astros y influencia,
Varias revoluciones, movimientos,
Los cursos naturales y violentos.

Mas aunque quiera yo de parte mia
Dejarte mas contento y satisfecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes hasta el sitio largo trecho:
Así haciéndome el Mago compañia
Me trujo hasta ponerme en el derecho
Camino, dó encontré luego mi gente,
Que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto, cuando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gastamos tiempo procurando
Reducir á la paz los enemigos:

Unas veces por bien acariciando
Otras por amenazas y castigos,
Haciendo sin parar corredurias
Por los vecinos pueblos y alquerias.

Mas no bastando diligencia en esto,
Ni las promesas, medios, y partidos,
Que en su protervo intento y presupuesto
Estaban siempre mas endurecidos :
Vista pues la importancia de aquel puesto
Por estar en la tierra mas metidos,
Con maduro consejo fué acordado
Sustentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño
De algunos bastimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y berza estaban :
Don Miguel de Velasco y Avendaño
Con los que mas á punto se hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañia,
Tomamos de Cauten la recta via.

Aunque con riesgo sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
A la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde á los moradores de uno á uno
Con palabras de amor los obligamos,
No solo á dar graciosa la comida,
Pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Asíque alegres sin rumor de guerra
Con pan, frutas, semillas, y ganados
Dimos presto la vuelta por la tierra
De pacíficos Indios, y alterados:
Y al descubrir de la Purena sierra
Hallamos una escolta de soldados,
Digo de nuestra gente que venia
A asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nuestra gente
Del cansancio y trabajo padecido:
Pero al romper del alba alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruido,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una espesa y gran quebrada,
Cuando ví de traves salir corriendo
Una muger al parecer turbada:
Yo tras ella los prestos pies batiendo
Luego de mi caballo fué alcanzada;
El que saber el fin desto desea
Atentamente el otro Canto lea.

---

# CANTO XXVIII.

**Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida : asaltan los Araucanos á los Españoles en la quebrada de Puren, pasa entre ellos una recia batalla : saquean los enemigos el bagaje : retíranse alegres, aunque desbaratados.**

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado,
Que siempre es peligrosa la caida
Del que está del peligro descuidado :
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga :
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quién un mal no siga,
Roguemos que no venga, y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo de acuchillado en esto siento,
Que es de temer en parte la ventura,
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura:
Y porque viene bien á nuestro cuento,
A la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé como dije, que en su trage
Mostraba ser persona de linage.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos estremados,
Nariz perfecta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura,
Un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza:
La aseguré del miedo que traia,
La cual dando un suspiro, que á terneza
Al mas rebelde corazon moviera,
Comenzó su razon de tal manera:

No sé si ya me queje desdichada,
O agradezca á los hados ya mi suerte,
Que me abren puerta, y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte:

Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
Que aun le agravia mi poco sentimiento
Te ruego que al proceso estes atento.

Mi nombre es Glaura en fuerte hora nacida,
Hija del buen Cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura:
Respetada de muchos y servida
Por mi linage y vana hermosura;
Mas ay de mí! cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente:
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho mas amigo que pariente,
A quien la voluntad tenia rendida
No habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre como amigo aficionado
Que yo le regaláse me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba:
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

O fué el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que esta seria mas cierto como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo, y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscár medio
De dar á su cuidado algun remedio.

Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia:
Mas ay! qué en lo que yo padezco veo
Lo que el mísero entonces padecia,
Que á término he llegado al pie del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:

Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadia)
Sus erradas quimeras deshacia.

Estando sola en mi aposento un dia
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponia
Con grande turbacion, y desatiento:
Diciéndome temblando: O Glaura mia,
Ya no basta razon, ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda,
Que á la del fuerte amor resistir pueda.

Tú, señora, sabrás que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida:
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida,
Porque siéndolo tú, no siento cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.

Viéndole al parecer determinado
A cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél sin mostrar algun recato,
Diciéndole de lejos: O malvado,
Incestuoso, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada,
Y ley de parentesco conservada!

Iba estas y otras cosas yo diciendo,
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nuestra alta casa entorno rodeaba
Saltando Fresolano en mi presencia
A la debida y justa resistencia,

Diciendo: O fiera tigre endurecida,
Inhumana, y cruel con los humanos!
Vuelve, acaba de sèr tú la homicida,
No dejes que hacer á los cristianos,
Vuelve, verás que acàbo aquí la vida
(Pues no puedo á las tuyas) á sus manos,
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
Alomenos será la mas piadosa.

Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: Glaura, Glaura, útilmamente
Recibe allá mi espíritu cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado.

Llegó mi padre en esto al gran ruido
Solo armado de esfuerzo y confianza,
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:

Cayó el cuerpo mortal descolorido,
Y vista mi fortuna y mal andanza
Por el postigo de una falsa puerta
Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

Acá y allá turbada al fin por una
Montaña comencé luego á emboscarme
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme;
Asíque ya sin tino y senda alguna
Procuraba cuitada de alejarme,
Que con el gran temor me parecia
Que yendo á mas correr, no me movia.

Mas como suele acontecer contino,
Que huyendo el peligro y mal presente
Se suele ir á peligro en un camino
Que nos coge y anega la creciente:
Así á mí desdichada, pues me avino,
Que por salvar la vida impertinente
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

Iba pues siempre misera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, acá y allá volviendo
A cada paso los atentos ojos:
Cuando por unos árboles saliendo
Ví dos negros cargados de despojos:
Que luego en el instante que me vieron
A la misera presa arremetieron.

Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venia vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida:
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas,
Que á lástima y piedad movia las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolan á mis clamores,
Que visto el acto enorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores
Corrió con provechosa diligencia,
Diciendo: Perros, bárbaros traidores,
Dejad, dejad al punto la doncella,
Sinó la vida dejaréis con ella.

Fueron sobre él los dos en continente,
Mas él flechando el arco que traia,
Al mas adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas les escondia:
Hízose atras dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envia
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazon halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y empeñado:
Mas Cariolan valiente y prevenido
En la arte de la lucha ejercitado,

Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole de brazos hacia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo,

Y sacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la hijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta:
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolan de aquella afrenta
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones
Yo no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recibido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.

Y temiendo que gente acudiria
Por el espeso monte nos metimos,
Donde sin rastro ni señal de via
Un gran rato perdidos anduvimos:
Pero, señor, al declinar del dia
A la ribera de Lauquen salimos,
Por dó venia una escuadra de cristianos
Con diez Indios atras presas las manos.

Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguia la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
Aguarda, aguarda, ten, gritando fuerte:
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho mas mi deshonra, que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese
Mientras que él con morir los detuviese.

Luego el temor á trastornar bastante
Una flaca muger inadvertida,
Me persuadió poniéndome delante
La honrada muerte y la estimada vida:
Así cobarde, tímida, inconstante
A los primeros ímpetus rendida
Me entré viéndolos cerca á toda priesa
Por lo mas agrio de la senda espesa.

Y en lo hueco de un tronco, que tejido
De zarzas y maleza entórno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que aun apenas de miedo resollaba:
De donde escuché luego un gran ruido
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas, y tropel de gente
Como que combatian fuertemente.

Fué poco á poco al parecer cesando
Aquel rumor y grita que se oia,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que temor helado habia,

Revolví sobre mí considerando
La maldad y traicion que cometia
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera,
Que en él quedará viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada:
Mas cuando no ví rastro, ni manera
De le poder hallar sola y cuitada,
Podrás ver que sentí, pues era cierto,
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

Solté ya sin temor la voz en vano
Llamando al sordo cielo, injusto, y crudo,
Preguntaba: ¿Dó está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo:
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo
En mis entrañas siempre mas furioso
No me daba momento de reposo.

No te quiero cansar, ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia,
No sabiendo que hacer ni aconsejarme
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme,
Mas por torpeza y gran maldad temia,
Que aquel dolor en mí tampoco obráse
Que á quitarme la vida no bastáse.

En tanta pena y confusion envuelta
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Hacia el campo Español he dado vuelta
De noche, y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cauten pasada,
Tambien que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada:
Quise venir en trage diferente,
Pensando que entre tantos disfrazada
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvia.

¿ Qué remedio me queda ya cautiva,
Sujeta al mando y voluntad agena?
Que para que mayor pena reciba
Aun la muerte no viene porque es buena:
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena,
Bien que el estado en que me toma es fuerte;
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.

Así la bella jóven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada
Que estaba á los dos lados aguardando,

Alzó al cielo una súbita algarada
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo Indios así, que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un Yanacona mio
Ganado no habia un mes en buena guerra
Diciéndome : Señor, echate al rio,
Que yo te salvaré que sé la tierra :
Que pensar resirtir es desvario
A la gente que cala de la sierra,
Bien puedes, ó señor, de mí fiarte
Que me verás morir por escaparte.

Yo que al mancebo el rostro revolvia
A agradecer la oferta y buen deseo,
Ví á Glaura que sin tiento arremetia
Diciendo : ¿ O justo Dios, qué es lo que veo?
Eres mi dulce esposo? ay vida mia,
En mis brazos te tengo y no lo creo :
?Qué es esto? estoy soñando, ó estoy despierta?
Ay que tan grande bien no es cosa cierta!

Yo atónito de tal acaecimiento
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento
Por ser revuelto el tiempo y limitado,
Dije : Amigos, á Dios, y lo que puedo
Que es daros libertad, yo os la concedo.

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo que salió ligero;
Pero aunque mas los Indios me den priesa
Quiero, señor, que aquí sepais primero
Como á la entrada de la selva espesa
Cariolan vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed; sacro señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Despues de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados:
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisioneros bárbaros atados,
A la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente
Pensando que alas le prestáse el miedo;
Pero con gran desprecio y alta frente
Apercibiendo el arco estuvo quedo:
Llegando pues á tiro diestramente
Hirió á Francisco Osorio y á Acevedo,
Arrancando una daga desenvuelto,
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanto el arte
Del temerario bárbaro Araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
A que dejáse un solo paso el llano;

Que saltando de aquella y desta parte
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo : afuera,
Caballeros, afuera haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera
Antes merece ser remunerado,
Y darle así la muerte ya seria
No esfuerzo ni valor, mas villania.

Todos se detuvieron, conociendo
Cuan mal el acto infame les estaba,
Solo el Indio no cesa pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba :
Al fin la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesia le obligaba,
Revuelto á mí me dijo : ¿ Qué te importa
Que sea mi vida larga, ó que sea corta ?

Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana,
Pia por la intencion, pero entendida
Se puede decir impia y inhumana :
Que á quién ha de vivir mísera vida
No le puede estar mal muerte temprana,
Asíque en no matarme como digo
Cruel misericordia usas conmigo.

Mas porque no me digan que ya niego
Haber de tí la vida recibido,
Me pongo en tu poder y así me entrego
A mi fortuna mísera rendido:
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban,
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban:
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atras ni adelante, reparaban,
Que el bagaje, la chusma, y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Puren derecho
Hacia la entrada y paso del Estado,
Despues ya en forma oblica largo trecho
De dos ásperos cerros apretado:
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aun mas angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañia.

Asi á trechos en partes del camino
Revueltos unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando:

No basta de la pasta el temple fino,
Grevas, petos, celadas abollando,
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse,
Otros cual rana ó sapo aporreados
No pueden aunque quieren, removerse:
Otros á gatas, otros derrengados
Arrastrando procuran acogerse
A algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda.

Que en este paso estrecho el enemigo
La gente y municion en órden puesta,
Tenia á nuestros soldados como digo
De ventaja las piedras y la cuesta:
Donde puedo afirmar como testigo,
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruinar el suelo
De rayos, piedra, y tempestad cargado:
Las aves mata en medio de su vuelo,
La gente, bestias, fieras, y ganado
Buscan corriendo acá y allá perdidas
Los reparos, defensas, y guaridas:

Así los Españoles constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun árbol ó peña cavernosa:
Dó reparados algo y defendidos
Con la virtud antigua generosa
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza
A la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada
Las apuntadas miras asestando
Les comienzan á dar una rociada
Muchos en poco tiempo derribando:
Ya por la áspera cuesta desrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando
Con un furor terrible y tan estraño,
Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los Indios desmandado tanto,
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta, ó pescado
Sube ligeramente á la alta cumbre,
Quién de pataca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre:

Del alto y bajo, de uno y otro lado
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas al verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion havia:
Y así rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué dó estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida:
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego resueltos á morir de hecho
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos lanzamos al repecho
Cada cual solevado alto en la silla:
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada
De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pie todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento
No pudiendo moverse, hijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento
Al lado que los Indios mas cargaban
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras que os prometo,
Que aunque llevó de golpe mucha gente
Hizo el súbito miedo mas efeto:
Y así remolinando torpemente
Les pareció segun el grande aprieto
Moverse encontra dellos cielo y tierra
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que deseosos de áspera venganza
El daño y miedo en ellos aumentaron:
Tanto que ya perdida la esperanza
A retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos pies en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
Cargado de fardel ó saco guia,
Cuál por lo mas espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia:

Cuál con hambre y codicia deshonesta
Por solo llevar mas se detenia,
Costando á mas de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La victoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines, y atambores:
Al rumor de las cuales caminando
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al real todos heridos,
Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso:
Y adonde estaba el General llegados,
Que sabido el desórden y el exceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamavida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del Estado
Llamó á la principal y digna gente:
Donde despues de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro Canto.

# CANTO XXIX.

**Entran los Araucanos en nuevo consejo : tratan de quemar sus haciendas : pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo : combaten los dos en estacada brava y animosamente.**

O cuánta fuerza tiene, ó cuánto incita
El amor de la patria ! pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos :
Cualquier peligro y muerte facilita,
Al padre, al hijo, á la muger dejamos
Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
Y como á mas parienta la acorremos !

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la chara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas :
Y su gloriosa fama han estendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Cassio, Filon, Cosdro Ateniense,
Régulo, Agesilao, y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
Esta Araucana gente, que con tanta
Muestra de su valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta:
Y en el firme propósito parece,
Que ni rigor del hado y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia:
Estaban como atras habeis oido
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto, mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano:

Conviene, ó gran Senado religioso!
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Comó último remedio confiemos:
Las casas, ropa, y mueble infructuoso,
Que al descanso nos llaman abrasemos,
Que habiendo de morir todo nos sobra,
Y todo con vencer despues se cobra.

Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene,
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aun su lugar no tiene:

Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que á vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

Asíque en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso como digo
Piense que no hay mas honra, hacienda y vida
De aquella que quitáre al enemigo:
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto
Sinó solo matar, ó quedar muerto.

Oido allí por los Caciques esto
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto
Enarcando las cejas se miraron:
Pero rompiendo aquel silencio puesto
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones,
Que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese:
Siguió este parecer Puren jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio, ni concierto, á fuerza pura
Su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue pues no fueron
En jurar el decreto perezosos,
Que aun mas de lo posible prometieron
Segun eran gallardos y animosos:
Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demas Caciques orgullosos
Talcaguan, Lemolemo, y Orompello,
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues en esto y decretado
Segun que aquí los habemos referido,
Tucapelo que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Despues del alboroto sosegado,
Y aquel arduo negocio definido,
Puesto en pie levantó la voz ardiente,
Que jamas hablar pudo blandamente;

Diciendo: Capitanes, yo el primero
En lo que el General propone vengo
Por parecerme justo, y así quiero,
Que se abrase y asuele cuanto tengo:
En lo demas al brazo me refiero,
Que si un mes en su fuerza le sostengo,
Pienso escoger despues á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar órden excluido:

Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido
Sin dejar de perder, pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

Asíque yo tambien determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece en tiempo tan turbado,
Que muevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negiocio á parte.

Ya tendreis en memoria el desafio
Que Rengo y yo tenemos aplazado,
Asímismo el que tuve con su tio,
Que quiso mas morir desesperado :
Viendo el gran deshonor y agravio mío,
Y cuanto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero sin esperar á mas rodeo
Cumplir la obligacion y mi deseo.

Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso la dilata :
Mas yo de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca.

Pues ya Peteguelen viejo imprudente
Con apariencia de ánimo engañosa
A morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte mas piadosa:
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa,
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

Tambien Rengo de industria cauteloso
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido:
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glórioso con me haber desafiado.

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo echando fuego
Sin guardar atencion, se hizo adelante
Diciendo: La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego,
Las armas lo dirán y no razones,
Que son de jactanciosos baladrones.

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolican, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto
La voz no le atajára y el camino:

Y con severa muestra y grave gesto
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfia
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfias:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién grangerias,
Algunos que ganar no deseaban
Las usadas mugeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un esento y discubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combastiesen mano á mano:
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término Araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañia,
Comenzó á rodar el estacado:
Era tal el aprieto que no habia
Arbol, pared, ventana, ni tejado
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruido:
Por otra pues no menos orgulloso
Al mismo tiempo aparecer se vido
Al fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos dobles relevados,
Escarcelas, brazales, y celadas,
Hasta el empeine de los pies armados:
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por los cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo,
Despues que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado,
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes:

Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendián,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian :
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos, de manera
Que aunque fueron pasados los primeros :
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegára el combate á los terceros.
¿ Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto
Y la encendida cólera en su punto ?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado
Suspensos los sentidos y la mente :
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso
Mas del honor, que del dolor sentido:
Así fuera de término rabioso
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso estremo descargó en vacio:
Fué el golpe aunque furioso tolerable
Quitándole la fuerza el desvario,
Que á cogerle de lleno yo creyera,
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fué al soslayo el Araucano
Se fué un poco al traves desvaneciendo,
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo:
Pero viendo el peligro no liviano
Sobre el fuerte contrario revolviendo
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas, y reparos:

Tanto que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La mas reñida y singular batalla,
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso,
Que el mas templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso:
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y bateria,
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo,
Batiéndole de suerte la celada,
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada:
Pero en sí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan presto á Rengo al desviarse,
Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza:
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida espada:
En esto Tucapel otra vez cierra
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano
Hizo que descargáse el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo y gran pedazo
Aunque era duro, en él quedó enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado:
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al traves cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera;
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira,
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofensa,

Furioso de reves un golpe tira
Con la estrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual arrojando el roto escudo
Valerse de los brazos le convino:
Tucapel que robusto era y membrudo
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De mas agilidad y fortaleza:
Llegados á las presas cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Asíque pecho á pecho forcejando
Andaban con furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando,
Que apenas recibir pueden aliento:
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza como digo
De poner en el suelo al enemigo.

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso
Los rostros y los ojos encendidos :
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir, y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoria.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado :
Rengo con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pie derecho ;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude, y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho, y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pie cobrando tierra :

Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas;
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en hastillas,
Con tempestad de golpes presurosos
Mas fuertes que al principio, y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentia,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia:
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sinó solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y doble zaraguel de ñudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado,
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado
De un furor infernal ya poseido
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada:
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con mas deseo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

